

Pensamiento y conciencia

Esta noche, a los pocos minutos de haber entablado la comunicación se ha establecido una conexión que permite diferenciar algo tan sutil como trascendente, me refiero a la diferencia entre el pensamiento y la conciencia. Una asignatura difícil para las mentes racionales de un Occidente absorbido por el pensamiento. Y sucede que no sólo quiero ser comprendido en esa clave de la razón lógica de las meras palabras, sino que además quiero que en el interior de cada ser, preparado para ello, suceda la íntima experiencia de atestiguación.

Sé que ahí está la clave de todo el mensaje del Oriente milenario y la posterior integración de los hemisferios planetarios. Observo que si el mestizaje de la mente profunda entre Oriente y Occidente no sucede, aunque sea en una pequeña parte de la Humanidad planetaria, no será posible el salto de conciencia que se está fraguando desde finales del siglo XX. Y también sé que ese clic diferenciador entre el pensar y el atestiguar que a veces acontece en algunas personas del auditorio, supone uno de los pasos más importantes del proceso mutacional a que nos enfrentamos como especie.

Las raíces del salto

Recuerdo como a lo largo de múltiples viajes de búsqueda y aventura encontré grupos y personalidades a cada cual más carismático y peculiar. Eran los comienzos del camino y mi ser recorría diferentes territorios mentales bajo nombres que prometían una nueva y más amplia visión de la realidad. En vista de lo cual, me vi metido en fraternidades secretas, canalizaciones extraterrestres, viajes astrales, y rituales de iniciación que recordaban mi ahistórica orientación al servicio de la evolución humana.

En dicho trecho del camino, me sucedieron experiencias dispares que casi se parecían a una vida tras otra. En realidad, en mi búsqueda sucedía que una vez “recordado” lo que allí se enseñaba, todo el ambiente se quedaba muy corto y limitado. En aquel tiempo, todavía Oriente no me atraía; digamos que mi mente tan sólo era capaz de ver en esa parte del planeta rastros de incómoda pobreza y tercermundismo. En vista de lo cual, me vi lanzado juvenilmente a la cordillera andina a buscar entre los chamanes y los hongos alucinógenos aquellas cargas de profundidad que dieran la vuelta a mi cabeza, estrechamente programada por una iglesia judeocristiana que se me quedaba pequeña y asfixiante.

Tras 13 viajes en los que, en muchos de ellos, tomé un avión o un barco sin billete de vuelta, me vi tratando de hacer el salto mortal sin red. Para ello cedía al impulso de soltar una y otra vez el trapecio del pasado, sin todavía aparecer el siguiente y definitivo del futuro. Eran momentos terribles de mucho miedo y a la vez de infinita posibilidad. En dichos espacios de oportunidad y crisis, conviví en poblados indios, participé de sus ritos sagrados, ingerí sus hongos y fumé la pipa canturreando sus cosmogonías. Y tras sentir el rango de la nobleza primordial y percibir los ecos de doradas civilizaciones en los que

reconocí como míos los valores eternos, me encontré preparado para que sucediese eso que de pronto sucedería en un día cualquiera y en un lugar aparentemente insospechado.

El primer despertar

Así llegó la “experiencia frontera” entre un pasado de búsqueda y aquel memorable presente de encuentro y respuesta. Y llegó contrariamente a lo que me esperaba, ya que fue propiciada por las palabras venidas de un mahatma de Oriente. Se trataba de un Despierto que dejaba pequeños todos los rituales y creencias bien intencionadas de mi pasado. Era el mensaje de Sri Nisargadatta Maharajá que puenteaba hacia un espacio que hasta entonces nunca atrás yo había soñado verbalizar.

A partir de aquella íntima experiencia, los Andes se me quedaron atrás y los Himalayas empezaron a despertar los espacios transmentales a través de silenciosas inmersiones en los niveles búdicos. Ahora se trataba de experimentar la paz profunda que nacía de un presente cargado de eternidad. ¡Era tan conmovedor poder reconocerse en una identidad amplia y esencial que estaba más allá de la mente! Y, sobre todo, ¡Aquello no eran palabras, sino pura experiencia personal!

Estaba naciendo El Testigo. Aquella vivencia constatada y plenamente comprendida se convirtió en el Camino. A partir de ese momento mi búsqueda había finalizado. Simplemente había encontrado. Lo que en todo caso convendría hacer, sería trabajar en el desarrollo progresivo de la atención para seguir desplegando el total despertar de esa conciencia recién abierta. Pronto me di cuenta de las ventajas que tenía el nuevo camino. De un plumazo había relativizado las ideologías, las normas, las preferencias, las comparaciones, los juicios, las culpas y los méritos, el más allá y el más acá, la moral y las reglas, el bien y el mal... me encontraba enraizado más allá de la mente. Sentía que había pillado la semilla de lo que unos llamaban descondicionamiento y otros iluminación.

La inmutabilidad del Observador

A partir de ahí, nada que pudiese ser pensable o verbalizable tendría el rango de absoluto. Comprendí que lo único que no cambia y que, en consecuencia, permanece inalterable es el Observador de lo que cambia. Una identidad oceánica y totalizadora que reconocí como no nacida y que a su vez nunca moriría. Había nacido a mi Ser esencial, algo que posiblemente siempre había existido pero de lo que no fui consciente hasta que la cortina se desveló. Me reconocí como Océano Infinito de Conciencia y experimenté la Ley de la Impermanencia de toda manifestación. Comprendí que así como el ojo no se ve a sí mismo, y para verlo hay que salir del ojo, de la misma forma para conocer mi mente pensante no había tenido más remedio que trascender el pensamiento e instalarme en el Observatorio de mi reciente atestiguación. Comprendí que el pez que no ha salido del agua nunca sabría lo que es en realidad el agua. El hecho de atestiguar significaba distancia y desapego de la mente con su consiguiente desidentificación del propio pensamiento que hasta entonces me tenía pillado.

Recordé que había leído cosas muy lúcidas que hablaban de un “más allá del pensamiento”, pero nunca atrás las había vivenciado como mías. Me parecían exóticas, intelectualoides e

inalcanzables, e incluso en ocasiones polemizaba conmigo mismo diciendo ¿cómo podría haber algo más allá del pensamiento? Hasta el propio Descartes nos decía frases tales como “Pienso luego existo”. Aquel descubrimiento que propició mi despertar, trascendía el pensamiento cartesiano siendo sustituido por un: “Observo y me doy cuenta de que observo, luego existo”.

Aquella cadena de vivencias por las que el zoom se abría progresivamente era de tal importancia presente y futura que, por fin lograba relativizar de un plumazo todas las doctrinas y escuelas de pensamiento tan dadas a priorizar y hacer adeptos. Había descubierto la libertad. Había sido liberado de la tiranía de las ideas. A partir de ahí, tan sólo quedaba continuar la apertura y consolidar al Testigo. ¿Acaso Lo Espiritual no era esa neutra experiencia de Totalidad, más que toda la parafernalia de moralitas y expectativas del “más allá”?

Pero lo que más llamaba mi atención fue comprobar que el nuevo nivel descubierto no excluía ni anulaba al anterior, es decir, al del coco que por cierto, tanto me gustaba utilizar y compartir. El nuevo nivel transracional de observación sostenida y consciencia despierta, simplemente lo integraba y trascendía. Y ello significaba que me permitía jugar por entre los planos racionales e intelectuales estableciendo comunicación verbal en todos aquellos ámbitos en los que fuese capaz.

El ego observado es un ego amigo

Poco a poco, lo que había comenzado como un abrupto despertar fue siendo comprendido e incluso reflejado en palabras que hablaban del mapa de acceso a dicho nivel para mí, hasta entonces, inefable. Aquel luminoso virus que me había “tocado” con el poder de su expansión comenzaba a desbancar la hegemonía del ego mental por la simple y pura consciencia del mismo. Ya no se trataba de luchar contra el ego sino de verlo, de no quitarle ojo, y de observar el consiguiente desenmascaramiento de sus oscuras manipulaciones. Ya no se trataba de luchar contra las áreas de “sombra” o conductas no deseadas sino de “atestiguar y atestiguar” todo el pastel en donde se cocía la experiencia egoica.

De pronto, constaté que había nacido un nuevo y más alto trono, un punto inamovible, neutral y ecuánime que en lo más alto del péndulo se manifestaba mediante la vivencia de la observación. A partir de aquella cadena de *satoris*, el ánimo de despertar totalmente se convertía en el tesoro más profundo y sutil que podía uno poseer como propósito primordial que daba sentido a la vida. Liberarse del dominio del pensamiento por desidentificación con el mismo, era ya el mejor regalo de una larga búsqueda en nombre de corrientes, escuelas, y películas doradas de extraterrestres, maestros, astrales, energías, canalizaciones y proyección en el supuesto afuera de lo que no eran más que guiones mentales.

Desde entonces, brota gratitud por saber que uno vuelve al refugio cuando la hipnosis colectiva de un Matrix mercantil y amnésico amenaza con inundarme. Y de nuevo brota una paz profunda como brota el agua ininterrumpida de un manantial, aunque en los planos del ego haya que convivir con carencias, pérdidas ocasionales y frustraciones que por otra parte, dan vidilla al gran juego. Uno se reconoce fluyendo y compartiendo esa agua transparente que comparte gozoso, aquí y allá, escondida en cuentos, conferencias,

entrevistas, terapias, libros, y conversaciones que parecen nada tener que ver con Eso que convoca a un sediento tras otro, a beber del llamado Despertar.

Lo que se llena se vacía

La conferencia ha acabado, uno sabe que han pasado cosas y no quiere cotillear consigo mismo. Los bares están cerrando, los camiones de basura ya atronan la noche de Madrid.

Compruebo que, entre una cosa y otra, se ha hecho bastante tarde.

Uno enfila la última calle y se siente interiorizado, neutral, fluyendo en lo profundo, y sabiéndose consciente una noche más.

Mañana será otro día.